

La realidad, sí, la realidad:
un sello de clausura sobre todas las puertas del deseo.

Quizás estos versos dedicados al poeta andaluz ofrezcan la clave interpretativa de *En el revés del cielo*, configurando así una sólida continuidad con sus libros anteriores³

II

«Yo esperaba el dictado del silencio; / acechaba en las sombras el vuelo sorprendente del azar, una chispa de sol, / así como quien consulta las arenas en el desierto blanco.» Con estas palabras se inicia el primer poema del libro titulado «El resto era silencio»; una letanía de clamores e interrogaciones que no obtienen más respuesta que la de un remoto y ensimismado Escriba: «Y haz que sólo el silencio sea su palabra.» Frase que nos permite seguir, como Teseo, el hilo de Ariadna, el complejo laberinto de su propuesta.

En una clara reminiscencia de Mallarmé y Vallejo, la voz poética (esa máscara tras de la cual adivinamos a la Orozco vidente) especula que el silencio «quizás siguiera el juego de unos dados que no terminan nunca de caer». El silencio se somete a las rigurosas reglas del azar, del mismo modo que las palabras se avienen a escuchar el llamado del poeta. Resulta tentador indagar las relaciones entre silencio, azar y palabra. Quizás en ellas resida el secreto de la poesía, también la discreta perfección de su fracaso.

Es muy diversa la actitud de los poetas frente al dilema propuesto. Todos intentan, a su manera, trasponer la infranqueable muralla tras de la cual silencio y palabra conviven en el privilegiado espacio de la unicidad. Quizás la más consecuente y extrema haya sido la de Rimbaud; no menos orgullosa, Orozco ha optado por el discurso de la imposibilidad. Enamorada del silencio, éste se transforma en una suerte de «amado místico» que no excluye en su desdén otra pasión que la poeta ejerce con singular vehemencia; el amor por las palabras. En uno de los pasajes más hermosos del libro se lee:

Hay en algunos ojos esas borras de añil que dejan los crepúsculos al evaporarse.

—un ala que perdura, una sombra de ausencia—
Son ojos hechos para distinguir hasta el último rastro de la melancolía,
para ver en la lluvia el inventario de los bienes perdidos.

El yo está hecho de la misma sustancia que aquello que contempla y describe, de este modo la mirada (la mirada *poética*) se define como tautológica respecto de las sensaciones que engendra:

...hace falta un invierno interior
«para observar la escarcha y los enebros erizados de hielo»
dijo Wallace Stevens congelando el oído y la pupila
(«Al pájaro se lo interroga con su canto»)

III

Líneas arriba sostuve que la realidad para Orozco era la perenne antesala de un cielo imposible pero deseado. Debo agregar que entre ellos se interpone un obstáculo que impide el ingreso a este cielo. El acento trágico que respiran las páginas de este libro se debe a la conmovedora tenacidad con que se pretende atravesarlo, pues incluso nuestra vida es definida en torno a esa absurda esperanza:

Somos fragmentos arrancados del reverso del cielo,
trozos de cascotes insolubles
vueltos hacia ese muro donde se inscribe el vuelo de la realidad.
(«Catecismo animal»)

La realidad, pues, es ese muro que nos despedaza y nos convierte en ruinas pero, a diferencia de las «murallas» de Kavafis que silenciosamente lo «tapiaron del mundo», tras el muro de la Orozco está ese lugar anhelado «donde las mutiladas visiones se completan / donde se cumple Dios». Ese muro aparece con distintos ropajes a lo largo del libro: a veces es «una muralla sorda», «alguien que obstruye la salida», o «la piedra que te cerró el camino», pero siempre con la terrible certeza de que nadie le podrá trasponer. El poema titulado precisamente «El obstáculo» termina con estas durísimas palabras: «No llegaré jamás al otro lado.»

Luego de una lectura atenta del libro no es imposible sospechar que detrás de esa necesidad de trascendencia

³ Desde lejos (1946), Las muertes (1952), Los juegos peligrosos (1962), Museo salvaje (1974), Cantos a Berenice (1977), Mutaciones de la realidad (1979).

se oculta una nostalgia del paraíso. En un pasado (análogo a la «edad de oro») se habitó ese espacio hasta que el destino propició la caída y su consecuente expulsión. La imagen romántica del poeta como «Ángel caído» se vitaliza nuevamente en Orozco: «sobresale, inquieta, la nostalgia de un ala», nos dice. Pero la reminiscencia se torna trágica en un presente evocado:

Algo se resquebraja en mitad de mi espalda.
Siento que un ala negra se desprende.
¿Empezaré a caer hacia lo alto?
(«Fuera de foco»)

En los poemas de Orozco la mano del Destino cobra igual fuerza que en los dramas trágicos griegos:

Siempre hay una pared faltal que se adelanta cuando yo me asomo,
un escollo insalvable fabricado con saña en todos los talleres del destino.
(«Muro de los lamentos»)

Sólo si recordamos el estrecho vínculo entre el origen de la tragedia y los ritos dionisiacos comprenderemos la invocación del poema «Escenas de caza»: «¡Cuántos nobles destinos inmolados al dios de la pezuña hendida / o al alto, al serenísimo, al que ajusta su vuelo como el lazo del estrangulador!» En otro poema se erige como heroína trágica: «Estás ahí, de pie, sin indulto posible, bajo el azote de la fatalidad, / prisionera del mismo desenlace, igual que una heroína en el carro del mito.»

Dueña de un verso largo y de aliento narrativo, Olga Orozco no renuncia al lujo de las imágenes ni al esplendor de las palabras, aunque éstas al final «se pierdan de vista contra las puertas del silencio». Curiosa contradicción de la que Orozco sale airosa: invoca al silencio sin obtener respuestas, pero su soberbia invocación — igual que las ciegas palabras del oráculo— está provista de una misteriosa significación que nos redime y alecciona.

Eduardo Chirinos

Nuestro tiempo*

Estos dos volúmenes ponen punto final a la gran aventura científica de sintetizar con precisión y agilidad el despliegue del hombre desde su aparición en el planeta hasta su salida espacial a otros mundos. La empresa dirigida por el gran historiador germano Golo Mann, hijo, como se sabe, del máximo novelista quizá del novecientos, merece, en conjunto, una alta calificación. Al traducirla al castellano, la editorial Espasa ha vuelto a rendir un estimable servicio a la vida cultural del ámbito hispano e hispanoamericano, como ya lo hiciera hace medio siglo al ejecutar la misma tarea con la monumental obra de Walter Goetz que, en tantos sentidos, puede considerarse como un precedente de la glosada.

La temática de los dos volúmenes que rematan la rectorada por Mann es muy variada al abarcar los aspectos más sobresalientes del mundo político, social y cultural comprendido entre la terminación de la segunda guerra mundial y 1960, notable punto de inflexión en la trayectoria de nuestro más reciente pasado, según lo atestiguan numerosos acontecimientos y corrientes.

No obstante, la vertiente de los orígenes del llamado segundo siglo XX más atendida en los varios centenares de páginas de esta conclusión es la atañente a la dinámica social de los dos bloques enfrentados en el paroxismo de la guerra fría.

* El Mundo de hoy. Historia Universal, dir. por Mann, G. y Heuss, A., Madrid, Espasa-Calpe, 1990, 2 vols.

Evolución de las sociedades «capitalistas»

En el mundo occidental la evolución de la sociedad ha estado marcada desde fines de la Segunda Guerra Mundial por la continua profundización en el ejercicio y práctica de los derechos humanos. Estos serían proclamados solemnemente por la ONU en su asamblea parisina de 1948, y desde entonces toda la legislación ha estado presidida por sus principios.

Resulta difícil establecer primacías o tendencias permanentes en las aspiraciones del ciudadano medio occidental a la hora de la cristalización de tales derechos. Quizá como línea de fuerza predominante cabría hablar de una búsqueda prioritaria de la igualdad como símbolo de una colectividad adulta y plenamente desarrollada. Las viejas polémicas socialismo versus liberalismo, entre libertad e igualdad han perdido de facto toda su vigencia y las relaciones entre ambos valores no se plantean como antinómicas. Pudiendo hablarse del disfrute por dichas comunidades de un alto grado de libertad después de que el paréntesis totalitario acabase en 1945, era lógico que la igualdad imantase con singular vigor las aspiraciones del hombre occidental.

Gran parte de los credos y formaciones políticas nacidas a la luz de las aleccionadoras experiencias de los años treinta han querido —y logrado— la consolidación y el equilibrio entre libertad e igualdad, con un mayor énfasis en la conquista de las grandes virtualidades de la última. Los deseos de una aplicación absoluta del derecho a la libre expresión no se enfrentan en la opinión pública a la firme voluntad de una participación elevada en la conducción de la vida política; aunque, naturalmente, las preferencias son disímiles según los países y los espacios cronológicos. V. gr., a mediados de los años ochenta el 18% de los franceses estimaban como meta prioritaria el aumento de la libertad de expresión frente solo al 6% de los españoles. Igualmente, mientras que el 26% de los británicos se mostraban muy interesados en obtener una creciente participación en los poderes públicos, los españoles estaban tan sólo en un 14%. De igual modo el creciente desempleo a que se ven sometidas las sociedades occidentales más avanzadas como consecuencia en gran parte de los espectaculares progresos de la técnica ha reforzado en ellas la tensión ha-

cia una verdadera igualdad de oportunidades frente a la educación y al trabajo.

Sólo los profetas del catastrofismo y los doctrinarios fosilizados alzan su voz para denunciar los peligros que acechan a la humanidad occidental al ahondar en las vivencias de la adecuada conjugación del complementario binomio libertad e igualdad. La democratización real lo exige, y las comunidades más estables y prósperas de nuestro mundo lo testimonian de manera elocuente. Ni el colectivismo ni la disolución se dibujan al término de dicha senda.

Según lo demuestra la experiencia diaria el consumismo es piedra angular de todo el edificio social de Occidente. Para gran número de sus habitantes buena parte de la felicidad se compendia en comprar y consumir de modo incesante productos de todo tipo en cantidad siempre creciente. La sociedad de la abundancia adviene, justamente, cuando una vez satisfechas las necesidades de alojamiento, manutención, escolares y sanitarias, sus integrantes consagran sus excedentes a la posesión de bienes y mercancías durables —coche, televisor, electrodomésticos— y perecederos, incitados a ello por una publicidad de masas, convertida ya en una de las más poderosas e influyentes industrias de nuestro tiempo. Ningún terreno o actividad permanece al margen de su irradiación: campañas políticas y comerciales, higiénicas y culturales, tienen en ella la baza de su éxito o fracaso. El consumo reina en todas las esferas, transformando —hasta de manera revolucionaria— hábitos y normas ancestrales. Por ejemplo, la actual «civilización de la imagen» significa, al decir de los especialistas, un cambio de mentalidad sin precedentes desde el Renacimiento. Obviamente, las generaciones jóvenes son las más impactadas por esta cosmovisión y por la del consumismo general, que ha llenado todo el horizonte de su existencia histórica.

El cambio acelerado

El pluralismo que se ofrece como la expresión y el instrumento más natural y adecuado para el usufructo de los derechos humanos al máximo nivel informa toda la existencia de las democracias avanzadas. La tolerancia y el respeto a las creencias ajenas derivadas de aquél constituyen también otro de los más sólidos pilares de